



Naveen, 34 años

 Abogado

 Artesia, California

 A 1,5 kilómetros

Me he hecho el perfil para poder borrar me la cuenta.

No me importan tu altura, tu aspecto, tu trabajo ni si eres capaz de cocinar un *roti* redondo mientras haya química entre los dos.

Trabajo ✓

Coche ✓

Libros ✓

¿Tú?

Solo busco a alguien con quien adoptar un perro más pronto que tarde. Cada día que pasa me voy haciendo mayor.



De: Amira Patel <Mira@gmail.com>

Para: CasamenteraHema

Querida Hema:

Entiendo que estés frustrada conmigo. A mí también me sabe mal no haber considerado adecuado a ninguno de los últimos pretendientes.

Sé que piensas que soy demasiado quisquillosa, pero, como ya te dije, sé lo que quiero, y no es ninguno de esos hombres. ¿Paracaidismo? ¿Visitar París en un arrebato? El último no paraba de hablar sobre ser cómplices de un delito, hasta que lo informé de que estaba buscando a un compañero tan solo para actividades legales. No me puedo quedar con alguien que confía tan ciegamente en tópicos absurdos. Eso deja fría a cualquiera.

Espero con ganas los siguientes perfiles que me envíes.

Mira

CAPÍTULO UNO

Su casamentera iba a darle puerta.

Mira Patel se limpió suavemente la comisura de los labios con la servilleta y la colocó con cuidado al lado de su plato vacío.

—¿Me lo puedes repetir, por favor?

El tío con el que estaba comiendo cruzó las manos.

—Creo que deberíamos dejarlo.

Mira emitió un largo y grave suspiro para soltar todo el aire de los pulmones. Era justo lo que pensaba que le diría él.

Pequeña corrección. Su casamentera iba a matarla.

—Ya veo.

—Lo siento mucho. Lo he hablado con mi madre y, aunque estos últimos meses han estado bien, no cree que seamos compatibles. —Jay la miró con timidez. Era un hombre atractivo, con la cabeza afeitada y brillante, hombros anchos y ojos amables. «Que me atraiga (tenga o no un físico convencional)» era lo que había puesto en su lista. No era que estallaran fuegos artificiales cuando se tocaban, pero el sexo había sido satisfactorio y los arrumacos posteriores, prácticamente inexistentes. ¡Y eso estaba bien! La pasión no figuraba en su lista, tampoco los arrumacos. De hecho, no estaba segura de si se acordaría de cómo gestionar ninguna de esas dos cosas.

Miró por la ventana hacia el tráfico de Melrose. Habían conseguido mesa en uno de los mejores restaurantes de Los Ángeles.

Era perfecto para ver y ser visto, aunque Mira era una de esos pocos residentes en la ciudad que no necesitaban llamar la atención.

—Tu madre no cree que seamos compatibles —repitió como un loro.

—Exacto.

—Todavía no conozco a tu madre. —Solo habían pasado tres meses, no habían llegado a ese punto. Hema era un tipo de casamentera relativamente moderno y aconsejaba a sus clientes que se conocieran durante un par de meses antes de meter por medio a los padres. Novio, familias, boda: ese era el orden correcto.

—Le he hablado de ti. Igual que Hema, claro, y tiene toda la información sobre tu biografía. Al principio estaba preocupada, pero luego consultó nuestras cartas astrales. Al parecer, Hema apuntó mal nuestros datos cuando nos visitó su astrólogo.

—Un error administrativo comprensible —murmuró ella. Mejor dicho, Hema ardía en deseos de deshacerse de Mira y había falseado los resultados astrológicos.

Si Mira creyera en horóscopos y en cartas astrales, le habría contado a todo el mundo que la suya estaba condenada al fracaso desde el inicio. Se había inventado su fecha de cumpleaños. Tampoco había ningún padre al que preguntárselo.

Un camarero los interrumpió para colocar un plato delante de ella, con un pastelito cubierto de una delicada crema blanca.

—Me he tomado la libertad de pedirte el postre mientras estabas en el baño —murmuró Jay.

«¿Para que las calabazas me sepan todavía más dulces?».

Le dio las gracias al camarero y luego apartó con cuidado las frambuesas del elegante pastelito. Las frambuesas le provocaban picor de garganta.

—¿Es sin lactosa?

—No, señorita.

—Ay, lo siento, me he olvidado de tu alergia.

Claro que se había olvidado. Mira dejó la cucharilla encima del plato.

—¿Te puedo preguntar por qué tu madre estaba preocupada desde el principio?

Jay puso una mueca.

—Pues... En realidad, no es importante.

—No, me encantaría saberlo. —Sin echarse demasiadas flores, podía afirmar que la mayoría de las madres indias le daban el visto bueno en la mayoría de las categorías: era guapa sin ser despampanante, de modales refinados, tenía un buen trabajo que era lo bastante aburrido como para no eclipsar el de su hijo, sensata y respetuosa. El hecho de que fuera tan modesta e inofensiva probablemente era la razón por la que Hema la había aguantado como clienta durante tanto tiempo.

—A ver... Cree que tu entorno es bastante misterioso. —Se apresuró a añadir—: Que Hema no aceptaría a una clienta que no viniera de una buena familia, claro.

A menos que la clienta fuera amiga de una familia que ya le había pagado dos veces un dineral.

Mira apretó el puño por debajo de la mesa. Había una categoría en la que nunca podría incluirse: «de buena familia».

—No hay ningún misterio. Mis padres murieron y no tengo hermanos. Y...

—Tienes una tía que gestiona una organización sin ánimo de lucro que se dedica a educar a mujeres jóvenes en áreas pobres del mundo, así que no la ves muy a menudo —acabó la frase Jay—. Ya lo sé. Eso me has contado.

Mira vio brillar las suspicacias en los ojos de él y apretó el puño con más fuerza. Uy. Se había acabado acostumbrando a contar esa historia. Parecía preparada, y nadie te cree cuando sueñas demasiado tranquila.

—Tenía una tía —dijo en voz baja—. Murió el mes pasado, ¿recuerdas?

Jay tuvo la decencia de mostrarse incómodo.

—Perdona. Se me había olvidado. No parecía que estuvierais muy unidas.

—Estábamos unidas. —Que solo hablaran un par de veces al año no significaba que no la quisiera y no hubiese llorado su muerte.

Jay esa semana había estado fuera de la ciudad. La primera noche, después de recibir la llamada de las autoridades de México, Mira había llorado hasta quedarse dormida. Había vuelto a llorar unos días después cuando recibió por correo las cenizas de su tía y otra vez esa misma noche cuando la enterró, sola. Para cuando fue a recoger a Jay al aeropuerto, se había quedado sin lágrimas, y estaba más decidida a concentrarse en su futuro.

«Así es como te dan las gracias por ir a recoger a un hombre al aeropuerto en hora punta cuando lleváis solo dos meses de relación. Para el futuro, eso solo se hace si eres su prometida o esposa».

—Lo siento —repitió él.

Mira deseaba poder llevarse a la boca una porción gigante de ese pastel cargado de lactosa.

—Me gustas. Es que... son mis padres.

—Y ¿lo único que importa es lo que piense tu familia de mí?

Él ladeó la cabeza con el gesto demudado por la confusión.

—A ver, para mí es muy importante. Eso ya lo sabías.

Sí. Aparecía en su perfil. ¿Acaso pretendía que él se rebelara contra toda su familia por ella?

«Sí».

Se dio una bofetada mentalmente. La Mira de trece años podía soñar con un hombre que hiciera ese tipo de cosas. La Mira

de treinta y cinco años comprendía el valor de pensar con la cabeza en vez de con el corazón.

—No quería hacerte perder el tiempo ni perderlo yo.

—Lo entiendo —dijo ella, y recobró todavía más aplomo. No iba a montar ninguna escenita allí—. Gracias por informarme.

Él dejó la servilleta sobre la mesa.

—Puedo decírselo a Hema, si quieres.

¿Podía bloquear las llamadas de esa mujer? No, eso no la detendría. Hema le enviaría la carta de renuncia por paloma mensajera.

—Claro. —Se irguió—. ¿Te encargas de dejarle claro que es cosa tuya, porfa? —Como si fuera a importar.

—Ah. Vale. —Jay se ajustó la corbata—. Se le escapó que en los últimos años habías tenido varios emparejamientos fallidos. Eso a lo mejor también ha influido en la decisión de mis padres. Mi madre no quiere a una nuera tan exigente.

Maldita Hema. Claramente, estaba harta de que Mira se cargara su éxito sin mácula, y eso se había puesto por delante de su sentido de negocio.

Mira bebió un sorbo del vaso. No pensaba repasar su historial de fracasos sentimentales con alguien que ya era agua pasada.

—Claro.

—Adiós, Mira —Jay se levantó—. Buena suerte.

—Igualmente.

El camarero volvió al cabo de un par de minutos y se aclaró la garganta. Mira se preguntó cuántas rupturas habría vivido. Probablemente ninguna tan insulsa como aquella. Asintió.

—Supongo que ha dejado pagada la cuenta, ¿no? —le preguntó ella.

—Me temo que no, señorita.

Le dio la tarjeta de crédito y se pasó el rato antes de irse ju-

gueteando con las sobras trituradas del pastelito excesivamente caro que había pagado y no se podía comer.

Salió a la calle y miró hacia el cielo para que el sol de primavera le acariciara la cara mientras esperaba a que llegara su coche. El enorme dolor del fracaso amenazaba con envolverla, y tuvo que esforzarse para hacerlo retroceder.

El aparcacoches le trajo su vehículo. Condujo alrededor de la manzana, dejó atrás la biblioteca pública y aparcó en el garaje.

Soltó un grito que no era muy agudo, sino más bien una exclamación gutural de frustración. Lo hizo otra vez, y otra, hasta que hubo liberado algunas de las emociones que le hervían por dentro. Como una sangría, pero menos repugnante.

Uno a uno, levantó los dedos aferrados al volante y sacó el móvil del bolsillo de la falda. Las prendas sin bolsillos le parecían una mierda. Nunca se sabe qué puedes necesitar en un momento dado, como por ejemplo el salvavidas de una amiga.

El teléfono dio tono.

—Vamos, vamos —murmuró.

Al fin, la bonita cara sonriente de su mejor amiga llenó la pantalla.

—Oye, ¿estás...?

—Jay me acaba de dejar.

Christine ladeó la cabeza. Su media melena de color negro azulado le rozaba el hombro. Llevaba puesto un largo camisón rojo y naranja. Su marido y ella estaban visitando a su familia en la India, pero para dormir llevaba esa ropa colorida desde que Mira la conocía, desde su primera noche en la universidad, cuando las habían emparejado como compañeras de habitación.

—Menudo capullo —dijo de inmediato, e hizo que Mira se sintiera algo mejor—. ¿Por qué?

«Porque no soy de buena familia. Por más que finja lo contrario, tu familia no es la mía».

—Qué más da.

Se oyó un carraspeo, y Ted, el marido de Christine, apareció en la pantalla. Tenía la nariz quemada por el sol y se le estaba pelando, pero parecía feliz.

—Hola, Mira.

A primera vista, formaban una pareja muy rara. Christine actuaba con una confianza que rayaba en la arrogancia, mientras que Ted era más sumiso. Christine parecía haber salido de una pasarela de París, alta y angulosa, con una mandíbula tenaz y fuerte, y una piel brillante color chocolate; Ted, por el contrario, era de tez pálida y pecosa, y parecía salido de la portada del *Diario de contabilidad*, que era, de hecho, su periódico preferido.

—Hola, Ted —lo saludó Mira, obediente. No era que Ted le cayese mal, tenían muchas cosas en común e incluso trabajaban en la misma empresa de contabilidad. De hecho, Christine había conocido a Ted en una de las fiestas de la empresa de Mira.

Los dos eran personas un tanto extrañas. Hablar con él, más allá de los lugares comunes, estuviera Christine presente o no, era... complicado.

Ted miró hacia el teléfono.

—¿Estás bien?

—Completamente.

—No está bien. La acaban de dejar.

—Ay, cuánto lo siento, Mira.

Christine le lanzó a su marido una mirada afectuosa.

—Cariño, tengo sed. ¿Me puedes traer un vaso de agua, por favor? Y un sándwich.

Ted asintió de inmediato.

—Pues claro.

Christine esperó unos instantes y se acercó a la pantalla.

—Desde que descubrimos lo del embarazo, me ha estado ahogando a base de agua cada pocos minutos.

—Qué bonito —murmuró Mira. ¿Por qué no podía ser para ella tan fácil como le había sido a Christine? Su amiga había conocido a alguien, habían estado saliendo durante un año y él estaba hidratando a su futuro hijo.

—Lo siento, cariño. Sé que por lo menos con este tío ibas con pies de plomo.

Mira observó a una niña entrar en la biblioteca cogida de la mano de su padre.

—Así funciona este juego. Es imposible rechazar a una docena de hombres y esperar que ninguno te rechace a ti.

—Está claro que es un idiota —dijo Christine, leal a su amiga.

—¿Tú crees?

—El idiota más grande del mundo. Eres una joya preciosa y perfecta, y él es una babosa viscosa que se ha quedado atrapada en un chicle en el suelo de un cine. Estoy segura de que había muchísimas banderas rojas.

Sus labios se curvaron hacia arriba, le había subido el ánimo.

—Era demasiado rico.

—Ay, no. —Christine arqueó una ceja—. Eso no.

Mira soltó una risa contenida en forma de un resoplido.

—Ahora me alegro de no haberlo conocido. Lo habría odiado y habría sido un tormento decidir si decírtelo o no. Nos ha ahorrado a las dos el mal trago.

—Mmm. —Era probable que a Christine le hubiese caído fatal Jay; solo le había caído bien uno de los hombres que le había enviado Hema a Mira. No era de sorprender que hubiera sido la única vez que, ante la ruptura, Christine no se había puesto inequívocamente del lado de Mira. Tanto porque a Christine le caía bien el chico como porque el mensaje de «no eres tú, soy yo» que le mandó Mira al tío después de conocer a su familia no había sido su momento de mayor madurez.

—Lo que vas a hacer es sacar esa hoja de cálculo que tienes y

añadir «ningún nombre que empiece por J» a tu lista de requisitos. Díselo a Hema.

Mira cogió aire.

—Ya que sacas el tema, por eso te llamaba. No he dejado de pensar en lo enfadada que estará Hema.

Christine se tumbó en la cama. El ventilador de techo giraba y proyectaba sombras bajo la luz tenue de su habitación de la casa de su abuela.

—¿Lo primero que te viene a la cabeza después de que corte contigo el tío al que estabas evaluando para casarte con él es si has decepcionado o no a tu casamentera? —Relajó la frente—. Bueno, supongo que es positivo. No parece que te haya roto el corazón.

Para que te rompieran el corazón, primero había que entregar el corazón, y eso era algo que Mira no estaba ni tentada a hacer.

—No. No me ha roto el corazón. Jay no. Pero quizá es la gota que colma el vaso para Hema.

—Pero ¡si te ha dejado él a ti!

Y confiaba en que Jay lo admitiría, pero eso no supondría ninguna diferencia.

—Dudo de que le importe. Tu familia apostó por mí con Hema, así que diles a tus padres cuánto lo siento, porfa. —Christine no había necesitado a una casamentera, pero sus dos hermanas mayores habían usado los servicios de esa infame anciana. Mira había asistido a sus ostentosas bodas en Chennai. Habían brillado de felicidad y no paraban de soltar cumplidos a su diminuta invitada de honor, la casamentera que las había emparejado con sus almas gemelas.

Era lo que quería Mira. Lo anhelaba con cada fibra de su ser. No la lujosa boda, pero sí todo lo demás.

Christine hizo un sonido como para restarle importancia.

—A mis padres no les importa. Ni a mí. Solo nos importas tú.

—Mira desvió la vista para no tener que mirar a los ojos demasiado comprensivos de su amiga—. ¿Cuándo dices que vuelves a casa?

—Dentro de dos semanas, y saldremos a darnos un atracón de helado sin lactosa.

Parpadeó varias veces. Debía de tener una pestaña en el ojo.

—Te he dicho que estoy bien.

—Y yo te digo que no es verdad.

Mira devolvió la mirada al teléfono. Soltó una exhalación baja y entrecortada.

—Te juro que no estaba enamorada de él ni nada.

—Estabas enamorada de la posibilidad. —Christine hablaba con voz suave—. Has tenido un año complicado, Mira. No te machaques demasiado.

Mira se mordió el interior de la mejilla. Christine era una de las pocas personas de su vida que lo sabía todo sobre ella, incluyendo su pasado y las pérdidas recientes con las que había tenido que lidiar. Una de esas pérdidas no la había afectado demasiado. La otra sí.

Arrugó la nariz.

—¿Mira? ¿Qué pasa?

Ojalá pudiera verbalizar al menos una fracción de los sentimientos que se revolvían en su interior. Normalmente era capaz de controlar y enterrar esas emociones, pero ese día estaba sensible.

«Estoy triste por la muerte de mi tía y me siento culpable por lo fría que era nuestra relación».

«Estoy preocupada porque estoy a punto de perder un gran recurso para encontrar lo que tú tienes cuando Hema asegure que no se me puede emparejar con nadie».

«Estoy cansada de volver a casa sola».

«¿Soy un desastre?».

«Desearía de corazón que ese pastelito por el que he pagado 35 dólares hubiera sido sin lactosa».

Mira abrió la boca, pero nada de eso salió de ella, porque su teléfono emitió un pitido, señal de otra llamada entrante. No era Hema, gracias a Dios. Una llamada de un desconocido procedente de California, pero eso era común porque durante la pausa de la comida tenía desviado el número de su despacho. En su empresa era una contable experimentada, y algunas veces había emergencias.

—Tengo que dejarte, creo que me llaman del trabajo.

Christine asintió. Ella se dedicaba al mundo de la moda y apreciaba mucho que Mira fuera una profesional responsable.

—Te llamaré mañana. Iremos de tiendas, quiero comprarte unos cuantos vestidos.

A Mira le importaba poco la ropa nueva, pero Christine lo haría quisiera ella o no; además, quería volver a ver a su amiga.

—Claro. Que descanses.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Mira respondió a la otra llamada, cambiando el tono para sonar menos como una soltera triste y más como una profesional titulada a la que se le podía confiar los datos financieros—. Soy Amira Patel. ¿En qué puedo ayudarle?

Al otro lado de la línea la recibió un silencio, y entonces una mujer joven habló.

—Buscaba a Mira Chaudhary.

Mira se puso tensa y se olvidó de que acababan de romper con ella y de su deprimente vida amorosa. Se convirtieron en detalles sin importancia.

«Mira Chaudhary».

Era un nombre que hacía tiempo que no oía. Era un nombre que la llenaba de pavor y de ansiedad y de recuerdos que prefería olvidar.

—¿Puedo saber quién pregunta?

—Me llamo Aparna y la llamo desde el bufete Ambedkar.

—¿Y de qué se trata? —Su tono ya no estaba bien modulado, era cortante. Solía tratar con bufetes a menudo por su trabajo, pero ninguno conocía el nombre que había dejado atrás cuando con dieciocho años abandonó a su familia en Nevada.

La mujer se quedó callada, y su tono se ensombreció.

—Tiene relación con el patrimonio de Rhea Chaudhary. ¿Habla con Mira Chaudhary?

Mira se puso el teléfono en el regazo y se apretó las mejillas con las manos calientes.

—Sí —susurró.

—Le pido disculpas por haber tardado tanto en ponerme en contacto con usted, pero ha habido algunas confusiones y me ha costado localizarla. Sentimos mucho su pérdida.

—Gracias —contestó Mira automáticamente—. ¿Cómo me ha encontrado?

—Soy una detective muy hábil —contestó Aparna en tono burlón.

Debía de serlo. Mira no se había esforzado en ocultarse cuando se fue de casa, pero había estado muy decidida a alejarse de su padre.

Aparna siguió hablando.

—Nos gustaría hablar con usted sobre el patrimonio de su tía. Puedo organizar una videollamada con su abogado cuando a usted le vaya bien.

¿Una videollamada en la que se quedaría mirando a un hombre recitando las últimas voluntades de su tía a través de una pantalla, para que retumbaran por todo su piso?

Observó el salpicadero con los ojos entrecerrados. Tenía el depósito lleno y el resto de ese soleado viernes libre.

—Estoy en Los Ángeles. ¿Usted dónde está? Puedo acercarme

a su despacho hoy, si su abogado tiene tiempo. —A lo mejor así se regodeaba en su pena, pero por lo menos ocuparse del patrimonio de su tía sería algo productivo.

Y tal vez la haría sentir que estaba haciendo algo por esa mujer, mitigando un poco de la culpa. Eso estaría bien.

—Por supuesto. Le haremos un hueco si puede venir antes de las cuatro. Estamos en Artesia. —La mujer recitó rápidamente una dirección que Mira apuntó en el teléfono. Según los estándares de Los Ángeles, Artesia quedaba lejos, pero la distancia era una vieja conocida de Mira—. Gracias. La veré dentro de aproximadamente una hora.

Antes de salir del aparcamiento, bajó el retrovisor e inspeccionó su reflejo. Llevaba el pelo recogido en un moño impoluto del que no se escapaba ni un mechón. Ninguna arruga se atrevía a arruinar su ropa. El pintalabios todavía seguía dentro de los límites de sus labios, aunque se había zampado dos platos de comida aclamada a nivel internacional.

Cerró los ojos durante un segundo. En su mente, visualizó cada una de sus emociones. Tristeza, remordimiento, soledad, miedo. Eran fardos de dolor lacerante, envueltos en pinchos. Con cuidado de no pincharse, los cogió todos y los metió en un tarro, y luego colocó ese tarro en un estante alto y comprobó que no se podía caer. Cuando volvió a abrir los ojos, su cerebro estaba calmado, preparado para seguir adelante. Con suerte, esos sentimientos se quedarían allí arriba el tiempo suficiente como para que pudiera arreglar los asuntos de su tía correctamente.

O eternamente. Eternamente también resultaría la mar de conveniente.